



HAZEL ROBINSON

ABRAHAMS

# NO GIVE UP MAAN! ¡NO TE RINDAS!

INTRODUCCIÓN

CRISTINA BENDEK



## Hazel Robinson Abrahams

(isla de San Andrés, 1935)

comenzó su trayectoria como escritora con numerosas crónicas del archipiélago caribeño que fueron publicadas en medios periodísticos. Los años de intensa vida diplomática que supuso su matrimonio y la maternidad de sus cuatro hijos fueron la antesala para la escritura de sus primeras novelas *No give up maan! ¡No te rindas!* (2002), *Sail ahoy! ¡Vela a la vista!* (2004) y *El príncipe de St. Katherine* (2009). En la actualidad cuenta con otros cuatro libros. Su obra incorpora el creole en las voces de los personajes, problematiza la mezcla cultural y racial, así como la esclavitud y las diferencias de clase.

LIBRAR PARA DIFUSIÓN

NO GIVE UP MAAN!  
¡NO TE RINDAS!

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

HAZEL ROBINSON ABRAHAMS

NO GIVE UP MAAN!  
¡NO TE RINDAS!

INTRODUCCIÓN  
CRISTINA BENDEK



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
México 2023

*No give up, maan! ¡No te rindas!*

Universidad Nacional de Colombia 2002

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

**Nombres:** Robinson Abrahams, Hazel, 1935- , autor. | Bendek, Cristina, 1987- , prologuista.

**Título:** No give up, maan! = ¡No te rindas! / Hazel Robinson Abrahams; introducción Cristina Bendek.

**Otros títulos:** ¡No te rindas!

**Descripción:** Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Vindictas. Novela y memoria.

**Identificadores:** LIBRUNAM 2210983 | ISBN 978-607-30-7930-3.

**Clasificación:** LCC PQ8180.28.O32.N64 2023 | DDC 863.5—dc23

Primera edición Vindictas: 16 de agosto de 2023

D.R. © 2023 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-7930-3

El contenido de esta obra es responsabilidad de las autoras y no refleja, necesariamente, la posición de la UNAM.

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

## NO RENDIRSE, O ESCRIBIR PARA EXISTIR EN EL MUNDO

El Caribe es un mar de encuentros y de fascinación. En esta región, sujeta desde el desembarco europeo en las islas y costas continentales a un sinnúmero de contradicciones, se hilvanan relatos que desafían lo verosímil y que expanden los paradigmas de lo humano. Grandes narradoras, narradores y pensadores han tejido su relación con el mundo desde dimensiones particulares de la realidad sea en Haití, Santa Lucía, Antigua, o Jamaica, Cuba o Brasil. A pesar de autores ya clásicos, como Derek Walcott, V. S. Naipaul, Maryse Condé, Jean Rhys, Edwidge Danticat, o Jamaica Kincaid, el Caribe sigue siendo un espacio literario poco explorado en Latinoamérica y en el mundo. Hay muchas razones para esta forma de ausencia. Uno de los motivos es, por supuesto, práctico. El multilingüismo, propio del legado colonial, y los vínculos, tan diversos, con la noción de la metrópolis, son factores que enriquecen el universo caribeño pero que también condicionan la difusión de su producción literaria. Es como si la literatura caribeña fuera un secreto bien guardado, en los currículos de las universidades, o entre el orden alfabético de los estantes de literatura universal en las librerías. Es difícil saber cuántos títulos de autores caribeños se publican anualmente en los grandes espacios editoriales latinoamericanos, en Argentina, México, Colombia o Brasil, las traducciones son aún más escasas, y parecen tener que atravesar los filtros de Madrid, París o Londres, antes de poder llegar a editarse en orillas vecinas. Además de esto, el Caribe aparece como una dimensión ajena, desconocida, o peor, reducida a los imaginarios de lo banal y de lo exótico, creados hace tiempo por gobiernos colonialistas y por agencias de viajes, reforzados por imágenes idílicas que comunican una idea superficial e incompleta.

En la reflexión sobre su literatura, lo básico es pregunta obligada: ¿qué es el Caribe?, ¿dónde empieza y dónde termina? ¿Es una referencia geográfica,

cultural, o intelectual? Definir el límite ha sido siempre un reto. Barbados, por ejemplo, es una isla caribeña a pesar de que las aguas que la rodean son atlánticas, y el sur de Estados Unidos no suele considerarse como parte del Caribe a pesar de que Nueva Orleans o la Florida tengan tantos legados compartidos con las historias coloniales de la región. Una inquietud a la inversa puede surgir pensando en el Golfo de México, si sus costas son bañadas por ese mar y fueron tan fundamentales para la máquina imperial, en conexión con Cuba y con La Española, es difícil apuntar una razón precisa por la que Yucatán o Mérida no hacen parte del imaginario de lo caribeño.

En esta región difícil hay un conjunto de islas, disputado por varios Estados pero ampliamente desconocido incluso para las otras islas caribeñas, el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, en el Caribe suroccidental. Su isla más grande y su capital, San Andrés —antes Henrietta— tiene 27 kilómetros cuadrados y es, con algo más de 80 mil habitantes, la más densamente poblada de la región. A pesar de tener vínculos históricos y lingüísticos con Jamaica, con Gran Caimán, con Providence, y con Inglaterra, Irlanda, Holanda, Escocia y Francia, además de España, es un territorio que apenas ahora parece emerger de entre las mareas. Desde 1822 San Andrés es parte del Estado colombiano, pero su relación con el continente, a 720 kilómetros de distancia, es traumática. Colombia es un país hispano y no anglófono, como las islas, católico y no protestante, andino y mestizo en vez de afrocreole y europeo, y su mito nacional no integra las particularidades del archipiélago.

Las condiciones específicas de San Andrés y sus antecedentes históricos son el dominio por excelencia de la obra de Hazel Robinson. Literaturas de isla, narrativas de isla, suelen ser formas de abordar la producción literaria desde todos los caribes insulares, sin embargo, por el complejo encuentro —el choque— entre europeos, africanos y nativos, y por la novedad de su mezcla, quizá sea este el momento idóneo para profundizar en la mirada sobre la región, cuando en el mundo ebulle el interés por cuestionar las herencias discursivas y por una descolonización de la memoria con efectos reales.

Entendida durante décadas como un sitio idílico, ingenuo, y prácticamente sin historia, San Andrés ha sido la postal del paraíso, un lugar colorido



y soñado, en el que la gente vive en una calma casi ajena a los problemas o al paso del tiempo. Es así en el Caribe. La isla suele ser un destino predilecto y su nombre aparece constantemente entre los listados anuales de las mejores playas de Latinoamérica, sea lo que sea que eso signifique. El flujo de turistas es constante, aturdidor, aunque de su historia, de sus patrones de relaciones y de su gente se entienda muy poco. Se piensa a la isla como a un sitio de recreo, donde suena un idioma extraño, un “dialecto”, un “patuá” que se habla en las calles, la lengua de unos nativos negros; la gastronomía es distinta, con cangrejos, iguanas y colas de cerdo, y la idea del pasado, si es que se acaricia, se limita, seguramente, a la mención del dominio español, y luego a la adhesión al proyecto republicano de la Nueva Granada hace dos siglos. Por fortuna, esa ligereza falsa sobre San Andrés, como la ligereza falsa sobre el resto de la región, se subvierte en las artes y en la literatura. Las novelas históricas, las memorias, columnas y crónicas de Hazel Robinson conectan las tragedias y anhelos, propios o de sus personajes, reales o ficticios, con momentos de profundos cambios socioculturales, enmarcados en un Caribe que su prosa dibuja con maestría sobre un enorme lienzo en blanco.

*No Give Up, Maan! ¡No te rindas!* es el primero de los libros de Hazel Robinson, y también la primera novela escrita y publicada por una sanandresana. Desde que apareció en 2002 es una invitación no sólo para visitar un mundo de dos siglos atrás, sino para percibir claves para comprender el Caribe contemporáneo.

La obra de Hazel está llena de rituales. *No Give Up, Maan! ¡No te rindas!* ofrece detalles, por ejemplo, sobre el cabotaje, un sistema de navegación a lo largo de puntos costeros en esta zona del Caribe que dinamizó la economía con la pericia de capitanes y marinos a bordo de embarcaciones artesanales, goletas, que hacen parte de la memoria colectiva de la región. Robinson también aborda la cartografía y la toponimia, el acto de fundar y de nombrar y de registrar. La música es un ritual innegable, alrededor de un persistente grito, de un coro de trabajo o del llamado del caracol, del *conch*, Hazel integra códigos rítmicos esenciales en la vida insular. Pasa lo mismo con el baile, con los ritos religiosos, y con estilos del lenguaje y de la comunicación, que revelan poco a poco relaciones de raza, de clase y de género, algunas desgraciada-

mente vigentes todavía. Valga además ahora apuntar a lo evidente: a partir del título, la novela es un texto multilingüe. Hazel integra aquí, como en toda su obra, el español, en el que narra —que a pesar de ser idioma oficial sólo se convirtió en el más hablado en San Andrés en la década de los setenta— el inglés colonial de los plantadores, y el creole o kriol de los esclavizados, un idioma que hoy es insignia de la resistencia cultural del archipiélago.

*No give up*, no rendirse, es el mantra de *tante* Friday, un personaje que encarna a la cuidadora abnegada y liberal. Así exclama por primera vez Friday luego del paso del huracán, y sigue siendo a lo largo del relato la voz de aliento que suelta a unos y a otros, tanto a quienes deben defender su dignidad y su ímpetu de autonomía, como a quienes rechazan que la realidad política está cambiando irreversiblemente. La narración está centrada en una coyuntura crítica, en el reemplazo de unas imposiciones a cambio de otras, en la zozobra. Es lo fortuito, un romance, lo que acaba por ofrecer consuelo y un camino a personajes que están a punto de perder el sentido de control que tienen sobre su entorno y sobre sus vidas. La ruptura con el orden establecido coincide con la llegada de Elizabeth Masson, única sobreviviente de un naufragio en la peligrosa bahía de la isla, y de George, el hijo de un blanco con una mujer esclavizada proveniente de África, un *ñanduboy*. Elizabeth, que perdió a su familia en el viaje desde Inglaterra rumbo a Nueva Orleans, debe encontrar un lugar en una isla en la que su edad y su color la convierten casi en un ser místico, pero cuyo rol, con el carácter fuerte que Hazel suele imprimir en las mujeres de sus relatos, está aún por revelarse.

Retomando los rituales, quizá uno de los aspectos más inspiradores de leer esta novela hoy es el dilema que se configura entre la necesidad vital de conservar la memoria, de un lado, y el ímpetu de renovación. A pesar de tratarse de una novela histórica concebida desde un lugar en el que las invasiones culturales bien podrían conllevar lo contrario, *No Give Up, Maan!* no es una obra para añorar, más bien parece tener la intención de despojar el relato del pasado del vicio de la nostalgia. Una obra fundacional para una literatura emergente, esta novela es una crítica frontal a las instituciones y a los convencionalismos, a la vez que ejerce soberanía sobre la forma de recordar, o, lo que es igual, sobre la forma de condensar una idea de lo que es el archipiélago

de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, y de quiénes son sus habitantes en relación con el Caribe y con los imaginarios de lo global. Definir un camino, apuntar hacia una noción de identidad formulada desde la voz de una isleña, es un acto que subvierte la todavía vigente e infantil circunstancia de haber sido definidos, descritos, y limitados, a partir de los lenguajes de burócratas y de foráneos, una herida compartida a lo largo y ancho del mundo poscolonial.

Hazel Robinson hace un llamado de caracol. Tres notas cortas y una larga. Invita, sí, a celebrar la autoridad de la narración propia, pero también a reimaginar, sabiendo que en cualquier momento el viento cambiará, y una vela nueva, un cambio de era, se asomará en el horizonte. Y entretanto, Hazel Robinson insiste: no te rindas, *no give up*.

CRISTINA BENDEK

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN



NO GIVE UP MAAN!  
¡NO TE RINDAS!

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN



A todos los que en una época  
llegaron contra su voluntad  
a estas islas  
y se fueron sin la oportunidad  
de contar su historia.

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN





## LA NATURALEZA SE ENFURECE

*Wen dem whe come ya, u no*

*Whe de ya yet.*

[Ellos llegaron antes que tú.]

Blancos y negros, o en esos tiempos, amos y esclavos, acostumbrados a escarbar el horizonte cuantas veces posaban la vista en él, descubrieron la llegada de las huidizas nubes que coqueteaban con la calma que venía acompañando el ofensivo silencio en la naturaleza. Un nuevo fenómeno, nunca antes visto en la isla, inquietó también la gelatinosa superficie del mar: la desaparición de las acompasadas olas de los arrecifes, reemplazadas por las que ahora llegaban a intervalos largos arrastrándose cansadas.

En tierra, contadas palmeras presentaban sus ramas desafiando la gravedad y el calor, elevadas en forma majestuosa por encima de las copas de los cedros, los mangos, los árboles de tamarindo y los de fruta de pan. La mayoría de los árboles estaban inertes en huelga contra la vegetación. Las predominantes brisas del nordeste habían desaparecido por completo y un sol canicular extendía sus rayos convirtiendo la tierra en brasa, al contacto de los desnudos y rajados pies que laboraban en las plantaciones de algodón.

Los esclavos, obligados a convertir la mitad de un talego —el que antes sirvió de abrigo a la harina traída a la isla— en una especie de abanico para tapar su sexo, estaban ese día regados en los acres que no se contaban, agachados entre las matas de algodón, mientras desyerbaban lo poco que luchaba por vivir entre los surcos cuarteados. De cuando en cuando, alguno se levantaba perezosamente y con el dedo índice barría el sudor de su frente; luego levantaba el brazo y con el mismo dedo enhiesto como el asta sin bandera de su vida buscaba determinar la dirección del viento. Desilusionado, con sus

callosas manos formaba un binóculo para escudriñar el horizonte. Desalentado por lo imperturbable del encuentro del cielo con el mar dejaba caer el brazo con todo el peso del cansancio. Con los párpados aún fruncidos, miraba el sol y lo maldecía. Maldecía en una lengua que sólo ellos entendían. Lo único que sus amos les habían dejado conservar y sólo porque no habían ideado la forma de extirparla de sus mentes. Su lengua y su color, la gran diferencia, la catapulta que servía a la inseguridad de sus dueños.

Era un mes de octubre de algún año hace dos siglos. Durante semanas había prevalecido este tiempo opresivo y caliente que secó bruscamente la cosecha de algodón. Las doradas cápsulas desafiaban ahora el silencio reinante entonando un delicado tic-tac por todos los campos, al abrir y exhibir sus blancas motas, contribuyendo a la desesperación de los esclavos, quienes esperaban impacientes la orden de la recolección, aunque aquello representaba más trabajo y bajo el sol como capataz implacable. Hacía más de una semana que esperaban la orden, mas no llegaba y, ahora de él no quedaba esperanza menos cuando ya se había ido a descansar casi todo el día.

De improviso, en el campo vecino se escuchó un lamento:

—*Ova yaaa...* (Allá...)

A lo que de inmediato se respondió con:

—*We de yaaa* (Estamos aquí).

Y en esta letanía siguieron por horas. Eran los esclavos utilizando la forma ideada de comunicación por medio de la cual transmitían sus alegrías y chismes y desahogaban todas las emociones reprimidas por el cautiverio.

Cuando más se necesitaba y menos se esperaba, irrumpió en el ambiente la respuesta a sus maldiciones —o la derrota a las enseñanzas del pa' Joe—. Despachadas de la nada, unas ráfagas de aire puro y limpio irrumpieron en el ambiente, cortando el calor a medida que abrían el paso a otras de mayor intensidad que sacudían las matas de algodón interrumpiendo el vals del tic-tac y obligando a los capullos a despojarse de sus preciosas motas y a bailar una loca melodía en la que las secas cápsulas convertidas en maracas predominaban sobre el chillido de los pájaros y los insectos, pero impotentes ante el batir de los árboles más grandes en su afán de defenderse del ataque inesperado.